



XXII

La santa Misa es un sacrificio impetratorio.

Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones, pro omnibus hominibus.

Encargo ante todas cosas se hagan «en la Misa» peticiones, oraciones, rogativas y hacimientos de gracias por todos los hombres.

I AD TIMOTH., II, I.

1. ¿No hemos leído en las sagradas páginas del Testamento Antiguo que el pueblo escogido, con objeto de que el Altísimo se mostrase propicio á sus plegarias, ofrecía repetidas veces el sacrificio mosaico? Y, ¿no hemos leído también que Dios, según la fe de su pueblo, y según la pureza con que le ofrecía los holocaustos, al propio tiempo que escuchaba sus votos, derramaba sobre él mil bendiciones? Pues ved aquí dibujada la práctica del pueblo cristiano cuando necesita bienes de que absolutamente carece. Muy buenas son las oraciones particulares, porque, penetrando las nubes, llegan hasta el solio del Excelso; excelentes las plegarias en común, ya que son presentadas por los ángeles á la Divinidad; eficaces las rogativas públicas, porque, movido de ellas, se compadece Dios de los mortales: todas estas peticiones consiguen su objeto determinado, según la fe, la humildad y la pureza con que se solicitan; pero ¿qué tienen que ver con el Sacrificio de la Eucaristía, en el cual, no son los hombres ni la Iglesia los que llaman

exclusivamente á las puertas del cielo, sino Jesucristo, el mismo Hijo de Dios, que, oyendo los clamores de sus hijos y escuchando los ruegos de su fiel Esposa, pide por ellos, y se encarga de despacharles sus peticiones? Y el Eterno Padre, que no se hizo sordo á los clamores y á los deseos de Jesucristo en el Gólgota, tampoco desoye las plegarias de su Hijo en el Altar. Cuanto pide Jesucristo, se lo concede el Padre, y, teniendo nosotros en posesión á Jesús, víctima en la Misa, podemos asegurar que lo poseemos todo con Jesucristo. Acaso, arguye S. Pablo, el que nos dió á su Divino Hijo, ¿no nos dará con Él todas las demás cosas? Pídemelo, dice el Eterno al Hombre-Dios, y te daré en herencia á todas las gentes, de suerte que ellas vengan á poseer tus riquezas y tus inmensos tesoros. Herederos somos, pues, de Dios, y coherederos de Jesucristo, de cuya rica herencia comenzamos á participar con el Sacrificio de nuestros altares. Concluyamos, por consiguiente, diciendo que este Sacrificio santísimo es impetratorio, porque nos alcanza del cielo, por medio de Jesucristo, toda suerte de gracias. Este es el asunto que prometo desarrollar, para cuyo mejor desempeño lo distribuiré en dos partes: 1.º *El Sacrificio de la Misa impetra gracias espirituales*; 2.º *Consigue también gracias temporales*.

§. I.

2. Certísimo es que en la santa Misa se renueva la consoladora memoria de la Pasión de Jesucristo, se reproducen los infinitos bienes que en el Calvario por vez primera se nos otorgan, y se nos derraman copiosamente gracias en general, particularmente las conducentes á nuestra salvación eterna. Jesucristo víctima es quien nos las dispone, aunque espera y desea que, para concedérmolas, se las pidamos á Él. Ved por qué la Iglesia, cuando solicita alguna gracia del Padre, pone por valioso mediador al Cordero immaculado, y así dice: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, etc. El Apóstol (1), escribiendo á Timoteo su discípulo,

(1) I Timoth., II, 1.

le habla de esta manera: «Te encargo ante todas cosas se hagan peticiones, oraciones, rogativas y hacimientos de gracias;» las cuales plegarias han de hacerse en el Sacrificio de la Misa, según interpretación de los Santos Padres. Todas las liturgias antiguas aducen largas oraciones, en las cuales se pide por todas las necesidades, especialmente por las espirituales. La liturgia Romana, al elevar al Padre esas tiernas deprecaciones, denominadas *mementos*, le dice de este modo: «Acordaos, Señor, de vuestros siervos y siervas N. N. y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción os son conocidas, por quienes os ofrecemos este Sacrificio de alabanza, en favor de ellos y de todos los suyos, para redención de sus almas, para que esperen su salvación y conservación y para que os cumplan sus promesas.» En el *memento* de difuntos, solicita que descansen en paz las almas que están en el purgatorio; y que á todos nos conceda el Eterno poder llegar al cielo, después de nuestro tránsito. Y todo esto lo pedimos los fieles, juntamente con el sacerdote, quien lo solicita con Jesucristo al Padre Eterno. El Tridentino define que este Sacrificio se ofrece y debe ofrecerse á más de los pecados, de las penas y de las satisfacciones (1), por otras necesidades tanto espirituales como temporales.

Respecto de las primeras ¿cuáles no concederá N. Señor, siendo como son en orden á nuestra salvación? Si la santa Misa se ha instituído como medio eficaz para conseguir nuestro último fin ¿no nos concederá el Señor cuanto le pidamos en orden á él?

3. El Padre Eterno oye á su Divino Hijo y le otorga cuanto le pide. «En los días de su vida mortal, dice el Apóstol, fué oído por la reverencia que le era debida (2).» Mas pregunto: ahora que en calidad de víctima y de intercesor se halla sacrificado en la Misa, ¿será menos digno de ser escuchado? ahora que reúne méritos infinitamente mayores que antes de llevar á cabo la obra de la Redención, dejará

(1) Sess. 22, cap. 2.

(2) Heb. V, 7.

de oírlo el Eterno Padre? De ninguna manera. Nuestra grande utilidad, acerca de este punto, consiste en aprovecharnos lo más que podamos del Sacrificio de la Misa, y al unirnos en espíritu al sacerdote, pidamos en primer lugar la paz para nuestras almas, las virtudes teologales y morales y los dones del Espíritu Santo, no olvidándonos jamás de nuestros prójimos.

Examinémonos detenidamente y observaremos que tenemos fuertes pasiones que nos arrastran, vicios más ó menos graves que nos dominan, y vanas ilusiones del mundo que nos encantan; volvamos á indagar escrupulosamente nuestra conciencia y hallaremos que carecemos de hermosas virtudes, que somos tibios en el servicio divino, que nos olvidamos de Dios, que nos asaltan infinidad de tentaciones y que estamos expuestos á muchos peligros espirituales. Y al ver tanta miseria en nuestro espíritu, ¿seremos más desdichados aún, dejando de asistir al adorable Sacrificio del Altar y de pedir en él las virtudes que nos faltan?

4. Empero el Sacrificio de la Misa es universal; por lo tanto, cuando á él asistimos hemos de rogar por todos los hombres. Así lo insinúa el Apóstol cuando enseña que se deben practicar oraciones y peticiones *pro omnibus hominibus*; y en particular se debe rogar por los reyes y por todos los que se hallan constituídos en alta dignidad, á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila, con toda piedad y castidad, porque todo esto es bueno y aceptable ante Dios N. Señor. Cuenta un autor fidedigno (1) que los judíos, cuando eran afligidos con algunas calamidades, solían rogar para que el Señor depusiese su ira contra aquellas gentes que ellos no conocían; y Jesucristo enseñó que, no solamente debíamos amar y rogar por los amigos, sí que también por los enemigos; aleccionado con estas enseñanzas, el Apóstol mandó que en la Iglesia Efesina, todos los días, cuando los cristianos se congregaran para el sacrificio, se pidiera por todos los hombres, de cualquier nación y religión que

(1) P. Calmet. Com. in Paul. ad Timoth. II, v. 1.

fuesen, y por cada uno de ellos sollicitasen aquellas gracias que les fuesen más necesarias, principalmente la conversión de los infieles y las que conducen á conseguir la salvación de los fieles.

Amonesta también el Apóstol que pidamos la paz y tranquilidad; por esta razón la Iglesia ha orado siempre por los reyes y sus reinos, á fin de que desaparezcan las guerras, etc.; particularmente la primitiva Iglesia rogaba por los herejes é infieles, por los reyes inicuos y por los perseguidores; y en el canon de la liturgia romana se pide por toda la Iglesia santa, por el Papa, por el obispo de la diócesis, por el príncipe de la nación y por todos los fieles. En el Viernes santo ruega solemnemente por los herejes, judíos, paganos y toda suerte de infieles.

Oremos con fe y sin intermisión en la Misa por todos los hombres, sean de donde fueren y tengan la profesión que tuvieren, con objeto de seguir el consejo del Apóstol; particularmente roguemos por nuestros enemigos y de este modo nos asociaremos en espíritu al sacrificio que celebró Jesucristo en la Cruz, cuando, al propio tiempo que derramaba su divina sangre, encomendaba á su Padre los mismos que le crucificaban.

§. II.

5. Pero el Sacrificio de la Misa impetra asimismo gracias temporales. Al especificar el Tridentino que este divino Sacrificio puede y debe ofrecerse por las humanas necesidades, no determina cuáles deban tenerse en cuenta, y es porque todas las necesidades del hombre abarca, tanto las espirituales, como las temporales: éste es el unánime sentir de todos los teólogos.

Con efecto: S. Agustín afirma que el Sacrificio de la Ley Nueva contiene eminentemente todas las propiedades de los antiguos sacrificios. Y porque el sacrificio de la ley mosaica era bella figura del de la Eucaristía, así como aquél impetró beneficios temporales, también los puede y aun debe impetrar mejor el de los altares cristianos. David alcanzó por medio de los sacrificios libertad á su reino.

6. Podemos, en efecto, hacer celebrar el Sacrificio de la Misa por los bienes temporales honestos y que no nos aparten de la eterna salvación. He consignado anteriormente que el Apóstol recomienda, y aun ordena, se celebren sacrificios por los reyes y por todas las personas de primer orden, *para que ellos y nosotros vivamos con tranquilidad y paz común* (1). Tertuliano añade que debemos rogar en la Misa por los príncipes, para que tengan una vida larga, un imperio seguro, una casa segura, un ejército fuerte, un senado fiel, un pueblo de costumbres arregladas; en una palabra, para que esté todo el orbe tranquilo (2). «Cuando sacrificamos á Dios y, sin efusión de sangre, le presentamos la víctima, dice San Cirilo de Jerusalén, rogamos por la prosperidad de los emperadores, por el buen suceso de sus armas, por la salud de los enfermos, por el consuelo de los afligidos y por cien cosas semejantes, por las cuales deseamos implorar el auxilio y la protección del cielo.» Ésta fué la común práctica de la Iglesia primitiva, según puede verse en las liturgias antiquísimas, y ésta es también la costumbre de todos los tiempos, que por ser racional y de fe, y por haberse experimentado sus consoladores efectos, por esto se cree y por esto se practica.

Lícito es, pues, y laudable el que se ofrezcan sacrificios por alcanzar los frutos de la tierra, por mantener una perfecta salud, por la peste, y la guerra, y el hambre, por el feliz éxito de una empresa, por ganar un pleito razonable, para que no nos suceda una desgracia inminente, por la conservación de una familia, etc., etc.; ya que estas y otras muchas cosas semejantes, que son honestas y no nos apartan de la salvación, antes bien, nos pueden acercar á ella, son objeto de impetración del sacrificio de la Misa: Dios N. Señor nos las concederá por medio de la S. Misa, si es que nos convienen. Lo que no debemos pensar jamás, es

(1) Ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate. I Timoth. II, 2.

(2) Ut vitam illius prolixam, Imperium securum, domum tutam, exercitus fortis, senatum fidelem, populum probum, orbem quietum. *Apolog., cap. 30.*

que este Divino sacrificio sirve para obtenernos bienes ficticios que puedan lisonjear nuestras pasiones; y usar de semejante medio para conseguirlos sería el mayor crimen sacrílego que cometer pudiéramos.

7. La santa Misa sirve también de gran ayuda para lo temporal. Quien ruega en la Misa no es principalmente el sacerdote, sino Jesucristo; no son los que mandan celebrar el sacrificio, ni los fieles que á él asisten, sino el Hijo de Dios, mediador entre el Altísimo y los mortales. Y ¿qué no alcanzará tan buen intercesor si es uno mismo con su Padre? Y ¿qué no hará por nosotros, si en nosotros tiene sus delicias? Los encarcelados vense, por medio de la Misa, libres de sus cadenas. Cierta mancebo aprisionado arrojaba inmundas blasfemias y quería que los diablos le llevasen al infierno; un religioso le persuadió que oyera Misa, y en efecto quedó libre de sus prisiones (1). Los pueblos, por medio de la Misa, se hallan libres de mortandades. Cierta villa estaba inundada de langostas; sus moradores acudieron al bienaventurado Teodoro, el cual personóse en el lugar, celebróles el Sacrificio, y desaparecieron inmediatamente tan perniciosos insectos (2).

8. También la santa Misa es remedio eficaz contra las enfermedades. Así como por el sacrificio de Cristo en la Cruz resucitaron innumerables difuntos, así también por el Sacrificio de la Misa algunas veces se detiene la muerte en su guarida, las enfermedades desaparecen, y los dolientes vuelven á su antiguo estado de salud, ó recobran más vigor que el que antes tenían. Díganlo, si no, dos ancianos, llamados Gerrada y Deltrudí, de quienes cuenta Surio que, oyendo Misa, recobraron la vista (3); dígalo un hombre sordo y mudo, del cual refiere el mismo autor que, oyendo el Sacrificio, cobró el habla y el oído (4); cuéntenlo treinta enfermos que había en un hospital del Japón, y, rogando á un religioso les dijese Misa, quedaron al terminar ésta completamente

- (1) Juan Bonifacio.—Institución del niño cristiano.
 (2) Surio, 22 Abril.
 (3) Tom. 7, junio, vida de S. Marcelino.
 (4) Vida de S. Pedro y Marcelino.

sanos (1); nárralo un cojo y tullido que, por mandato del abad S. Launomano, oyó la santa Misa y quedó instantáneamente curado (2). Confiesen la verdad todos cuantos han hallado en la S. Misa el remedio de sus males, y se descubrirá el mérito de nuestro Sacrificio eucarístico contra todo género de dolencias humanas.

9. Pero, si el sacrificio de la Misa cura enfermedades físicas, ¿qué extraño es que libre de peligros materiales? ¿Acaso se necesita más virtud para ser eficaz contra esta clase de desgracias que para las anteriores? Sta. Isabel, reina de Portugal, se servía de un virtuoso paje para distribuir las limosnas entre los necesitados; tuvo envidia de él un repugnante caballero, que acusó al paje de tener ilícito trato con la reina; su regio esposo creyó al caballero informante y dispuso perder al paje. En efecto, supo que unos hombres encendían un horno de cal y les dijo en secreto que aquél á quien S. M. mandaría al siguiente día por la mañana con este recado: ¿Habéis hecho lo que el rey os mandó?, lo arrojen sin dilación en el horno. Á la hora convenida el rey mandó al paje con el recado antedicho; pero al salir éste de palacio se apercibió de que tañían al Sacrificio, entró en la iglesia y oyó tres misas; mientras tanto, el rey, deseoso de saber si se había ejecutado la sentencia, y pensando que el paje era ya difunto, mandó al caballero calumniador, con el propio mensaje que diera al paje; llegado éste allá y hecha la pregunta, le arrebatan los hombres y le hunden en el horno, donde al momento es pasto de las llamas. Poco tiempo después llegó el paje con su recado, y contestaron los hombres que estaba perfectamente cumplido. Llegado el paje á la presencia del rey, se inmutó éste sobremanera al ver ileso á quien quería perder y creía ya difunto; le preguntó dónde se había detenido y contestó el paje:—Mi padre, antes de morir, me encargó que oyese todas las misas que viera comenzadas; yo me detuve en la iglesia porque oí tañer á una de ellas y, antes de terminar ésta,

- (1) Bosio, lib. 5 de signis Ecclesiae.
 (2) Surio, tom. V, mes de Enero.

empezaron otras dos, las cuales oí también y por esta razón tardé tanto.—S. M. al oír semejante suceso conoció la inocencia del paje y de su buena esposa (1).

10. Acabamos de ver que la Santa Misa es impetratoria de bienes espirituales y temporales, y que, según esta doctrina, Jesucristo, en el incruento Sacrificio, nos alcanza de su Eterno Padre, en primer lugar, los bienes relativos á nuestra salvación; pero que no por eso deja de obtenernos gracias temporales, pues el adorable Sacrificio es, como hemos observado, una grande ayuda para lo temporal, remedio eficaz contra las enfermedades y escudo fortísimo contra los peligros. Según eso, ¿seremos tan fatuos que no queramos aprovecharnos del Sacrificio? ¿Tendremos tan poca ó ninguna religión que nos importe lo mismo asistir que no asistir á la Misa? ¿Seremos tan perversos que disuadamos á los demás de oír Misa ó profiramos alguna idea contra el mérito, contra el valor, contra la virtud del Sacrificio? ¡Qué desgracia tan inmensa el que tengamos á la mano un recurso contra todo género de males, y una inagotable mina para obtener toda clase de bienes, y que dejemos perder la ocasión para sumirnos más en nuestra triste miseria! Los que asisten al sacrificio participan con más abundancia de sus riquezas. Las gracias que descienden de la sagrada Mesa, ha dicho un celebrado orador (2), se les dan según su fe, como al que está más cerca de la mesa del rey.

11. Asistamos al augusto Sacrificio con el cuádruple objeto de honrar á Dios y darle debidas gracias, de obtener perdón de nuestras culpas y de alcanzar innumerables beneficios; asistamos en cuanto lo permitan nuestros deberes cristianos, y no se pase día sin celebrar ó sin oír la santa Misa, dando á celebrar los que puedan y se hallen en necesidad manifiesta, porque el que da limosna para sustentar al ministro adquiere del sacrificio un fruto particularísimo. Óiganla cuantos puedan; y ¿qué? no podrían diariamente

(1) Crónica Seráfica, part. II, lib. 8, cap. 28.

(2) P. Espinosa.

todos los cristianos, si fueran más fervorosos? Las mismas profesiones, las mismas necesidades, los mismos deberes, á excepción de algunos meros accidentes, existen ahora que existían en los primeros siglos del Cristianismo, y no obstante, en estos tiempos de oro no había cristiano que no oyera Misa todos los días.

Asistamos al Sacrificio, y si puede ser oigamos Misa, ó demos á celebrarla á un ministro bueno, con preferencia á uno malo; porque, aun cuando ambos consagran igualmente el Cuerpo de Cristo, sin embargo, la Misa que celebra un sacerdote bueno impetra más gracia que la que dice un sacerdote malo, porque el primero celebra como ministro y amigo de Dios y el segundo sólo como ministro: y aun cuando es verdad que los frutos del sacrificio se obtienen por la virtud de Cristo y no del sacerdote, empero fuerza más á Jesucristo la oración de un sacerdote virtuoso que la de otro menos probo, porque es más pura; y como el sacerdote es el que pide en nombre del que da el estipendio y en nombre de la Iglesia, de ahí que conceda el Señor mejor y con más abundancia las gracias que solicita el ministro bueno que las que pide el malo.

Asistamos, finalmente, al Sacrificio y roguemos los unos por los otros, á fin de obrar nuestra salvación; roguemos por todos: por los parientes y por los extraños, por los amigos y por los enemigos, por los fieles y por los paganos, con objeto de que todos se salven; y sepamos que la Iglesia, y el sacerdote que la representa en el Altar, no ruega solamente por el que da el estipendio, sino también por todos los hombres; por aquél aplica el sacrificio, por éstos intercede; aquél recibe el fruto particularísimo, éstos participan del fruto general, y el sacerdote también obtiene un fruto propio y particular que le santifica. Oremos: unámonos al espíritu del sacerdote, á la intención de la Iglesia y al deseo que tiene Jesucristo de que todos los hombres sean salvos.

EJEMPLO

(1) Un devoto caballero de la provincia de Histria era molestado todos los días por la horribilísima tentación de ahorcarse, que por cierto estuvo algunas veces muy cerca de ejecutarlo. Descubrió su pena á un religioso, el cual, luego de haberlo consolado, le dijo que tuviese en su compañía un sacerdote que le celebrase Misa todos los días, á fin de que él la oyese. Puso en ejecución un medio tan santo, marchándose el sacerdote y el caballero á una posesión de éste, situada en un lugar muy solitario. Así pasaron mucho tiempo, sin que la tentación se reprodujese; cuando cierto día el sacerdote deseó ir á celebrar la fiesta de un pueblo vecino cuya iglesia regentaba un amigo suyo. Convino en ello el caballero, creyendo que él podría también oír la santa Misa; mas por divina providencia, salió tan tarde de casa que era ya mediodía cuando se dirigía á la iglesia. Encontró en el camino á un labrador, quien le certificó habían terminado ya los oficios divinos. Sumamente acongojado el caballero, y reproducida la antigua tentación, comenzó á maldecir su suerte y á decir que pues aquel día no había oído Misa se tenía ya por perdido. Replicóle el labriego que no se acongojase, que él le vendería la Misa y lo que había merecido delante de Dios con ella. Turbado el caballero, asintió á la propuesta del maldito labrador y cedió á éste una ropa preciosa que consigo traía; á pesar de todo quiso llegarse al templo y hacer oración á Dios. Pocas horas después, al regresar á su hacienda, pasó por el mismo lugar donde se cometió la infame simonía y vió ¡horror! que el rústico se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así el Señor en castigo de su pecado. Estupefacto el caballero, dió continuas gracias á Dios porque le había librado á él de la tentación; quedó libre de ésta para siempre y creyó una vez más que la santa Misa fué la que le alcanzó, juntamente con la gracia espiritual de no caer en pecado, el verse libre de una muerte funestísima.

(1) Pius II, in sua Cosmographia.

XXIII

Riquezas del Santo Sacrificio de la Misa.

Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei.

Sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por donde le mostraré la salud de Dios.

Ps. XLIX, 23.

1. ¿Por qué razón el Hijo de Dios exigió á los apóstoles y á sus sucesores que cada vez que hubiesen de consagrar su divino Cuerpo y Sangre ejecutasen esta sublime Obra en memoria de Él? Preciso es que antes de responder como conviene á esta sencilla pregunta indique al menos que el tiempo en que Jesucristo instituyó la divina Eucaristía es precisamente el que emite sobre este asunto luz brillantísima. La institución de este adorable Misterio fué la señal de que se alzaba el telón de las profecías para dar lugar á la escena de la cruenta pasión de Jesucristo que las confirmaba; fué el punto de partida para andar el trayecto punzante que había de terminar en la cumbre del Gólgota. Y momentos antes de comenzar á sufrir angustias mortales en el Huerto de las Olivas, instituye la augusta Eucaristía, para que, como última Prenda que concedía al mundo, antes de morir, recordase á los hombres los tormentos que le esperaban. He ahí por qué ordena á sus apóstoles: «Cuantas veces celebrareis este adorable Sacrificio lo haréis en memoria de mí;» no precisamente en memoria de su Divinidad,